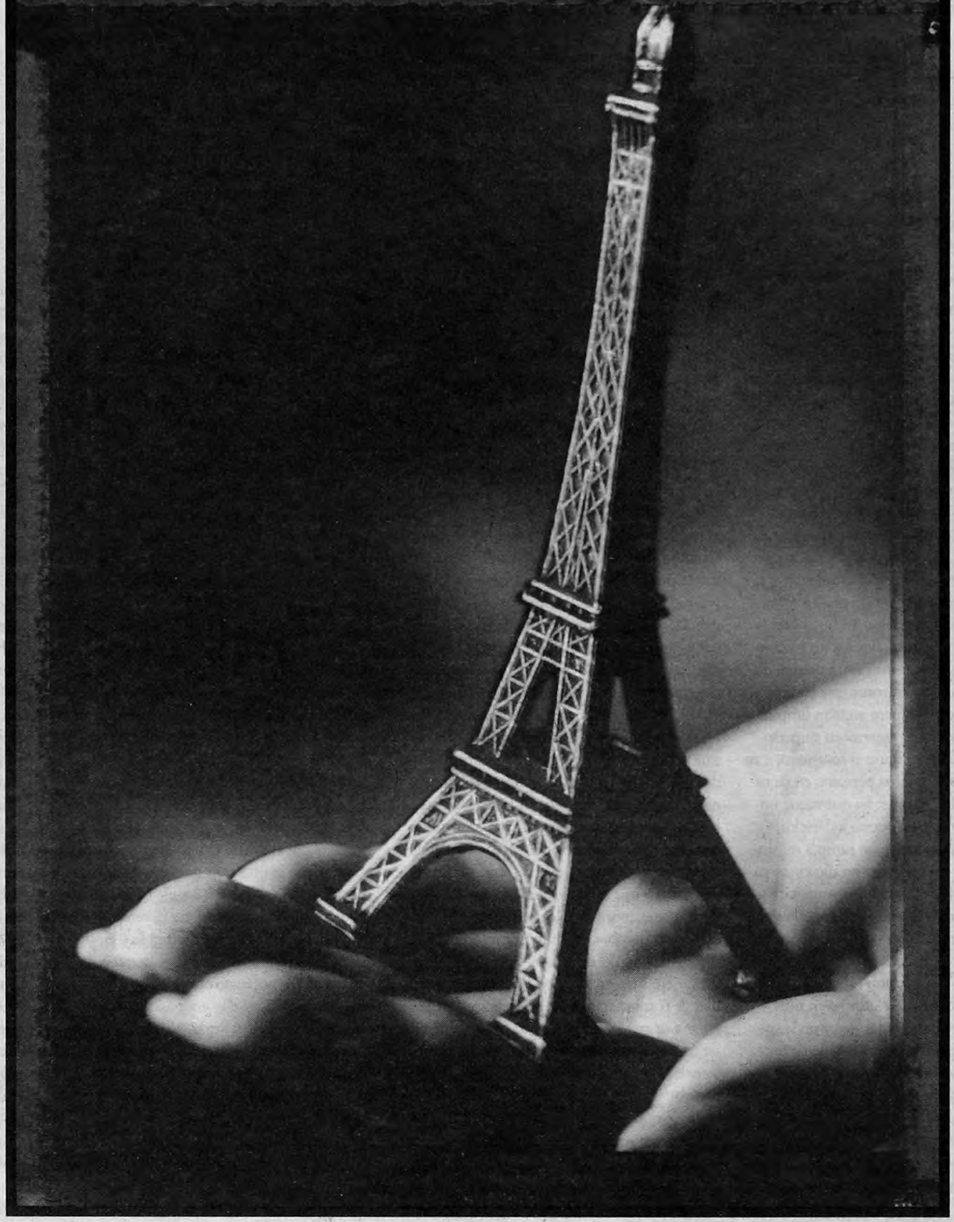
INTIMIDADES



Por Rodrigo Fresán

Dejemos de lado los desplazamientos que tienen lugar en textos sagrados y desde el descubrimiento de lo que se entiende como primer auténtico libro de viajes –*La aventura del maestro de los capitanes de Egipto* de autor anónimo circa siglo XIV antes de Cristo– el género siempre ha mostrado en sus páginas un tan inevitable como curioso movimiento pendular entre paisajes públicos y pensamientos privados. Como si se viajara para, en realidad, viajarse.

Pocos ejemplos más geniales y exasperantes de esto que el *Viaje sentimental* publicado justo antes de morir por el exasperante y genial irlandés Lawrence Sterne (1731-1768). Al igual que ocurre con la caudalosa *Tristram Shandy* (publicada por entregas entre (1761-1767), la engañosa brevedad de *Viaje sentimental* termina de consagrar a Sterne como el primer novelista auténticamente moderno en sus intenciones y revolucionariamente posmoderno en sus maniobras. Porque ¿qué es exactamente *Viaje sentimental*? ¿Un diario de viaje? ¿Un ensayo sobre el arte del desplazamiento? ¿Un manual de instrucciones que nos enseña cómo lidiar con determinadas circunstancias turísticas? ¿Una novela donde –a diferencia de lo que se suponía debía ser una novela– poco y nada ocurre? ¿Una colección de postales vagas y sonámbulas? ¿Una burla exquisita contra los *travelwriters* de su época? ¿Una sentida y crepuscular reflexión sobre la proximidad de la muerte? ¿Una breve broma infinita y sin remate? Una cosa está clara: de aquí salen, todos juntos, James Joyce y Virginia Woolf y Samuel Beckett y Jean-Luc Godard y Thomas Pynchon y David Foster Wallace y varios de los mejores *stand-up comedians* milenaristas.

El ensayista A. Alvarez –en su brillante prólogo a la edición de Penguin– define a *Viaje sentimental* como "tal vez la novela más etérea jamás escrita. Porque, aunque suceda incidente tras incidente, nada acaba provocando un efecto demasiado importante en nada y todo el libro acaba descansando sobre la pasmosa habilidad para mantener atrapado al lector. Para esto tenía un genio sin precedentes. Era el maestro consagrado de un curioso tono narrativo que no demoraba y sigue sin demorar ni una página en absorberte y llevarte a las regiones más íntimas de su mente. Sterne era dueño –como precisó W. B. Yeats refiriéndose a George Moore– del "*terrible don de lo íntimo*".

Una cosa está clara: Sterne escribió *Viaje sentimental* durante lo que entendía no podía ser sino –más allá de deudas, enfermedad y un desesperado *amour fou* por una joven casada que acabaría abandonándolo– el peor momento de su vida. Es decir: el final.

En las páginas que siguen, el sentimental Sterne viaja a la más sentimental de todas las ciudades: París.

Viaje sentimental

Por Laurence Sterne

El misterio. París

Si un hombre sabe lo que es el corazón, sabrá también que era imposible volver inmediatamente a mi habitación –era como tocar un acorde en tercera menor al término de una pieza musical que hubiera despertado mis afectos–; así pues, cuando le solté la mano a la *fille de chambre*, permanecí un tiempo a la puerta del hotel, mirando a todo aquel que pasaba y formándome conjeturas sobre ellos, hasta que mi atención quedó fijada en un único objeto que confundía toda clase de razonamientos.

Era una figura alta, de aspecto filosófico, serio y adusto, que pasaba sosegadamente por la calle una y otra vez, caminando unos sesenta pasos a cada lado de la puerta del hotel –tenía unos cincuenta y dos años, llevaba un bastoncito bajo el brazo, vestía una casaca oscura, de un gris triste, chaleco y calzones que parecían haber visto años de uso, pero seguían limpios, y había un aire de frugal *propreté* en su persona–. Por su forma de quitarse el sombrero, y su actitud al abordar a muchas personas en su camino, vi que pedía limosna; así que saqué un sous o dos del bolsillo dispuesto a dárselos, cuando llegó a mi altura –pasó junto a mí sin pedirme nada– y sin embargo no dio cinco pasos más sin pedirle limosna a una mujercita. –De los dos, era más probable que se la hubiera dado yo–. Apenas había terminado con ella, se quitó el sombrero ante otra que venía por el mismo camino. –Un anciano caballero se acercaba despacio y, detrás de él, un joven muy elegante–. Los dejó pasar a los dos y no les pidió nada: me quedé observándole media hora, durante la cual hizo media docena de giros hacia atrás y hacia delante, y descubrí que seguía de manera invariable el mismo plan.

Había en esto dos cosas muy singulares que pusieron a mi mente a trabajar, y en vano –la primera era por qué tenía aquel hombre que contarles su historia a las damas *únicamente*; la segunda, qué historia era esa y sazonada con qué clase de elocuencia, que conmovía a los corazones de las mujeres y que él sabía que resultaba inútil con los hombres.

Había otras dos circunstancias que enredaban este misterio –una era que le contaba al oído a cada mujer lo que tenía que decirle, y de una forma que tenía mucho más el aire de un secreto que el de una petición; la otra era que siempre tenía éxito, nunca detenía a una mujer sin que ésta sacara su bolsa y le diera algo de inmediato.

No pude elaborar un sistema que explicara semejante fenómeno.

Tenía un enigma con el que distraerme el resto de la tarde, así que subí a mi habitación.

El caso de conciencia. París

De inmediato fui seguido por el dueño del hotel, que entró en mi habitación para decirme que debía procurarme alojamiento en otro sitio. –¿Y eso por qué, amigo?, pregunté–. Respondió que yo había tenido a una joven encerrada conmigo dos horas en mi dormitorio aquella tarde, y eso iba contra las reglas de su casa. –Muy bien, dije yo, entonces nos separaremos todos como amigos –que no otra cosa es la joven, y no otra cosa soy yo– y usted se quedará como le encontré. El dijo que era suficiente para echar por tierra la buena fama de su hotel. –*Voyez vous, Monsieur* –dijo, señalando al pie de la cama en la que habíamos estado sentados–. Reconozco que tenía cierta apariencia de prueba; pero como mi orgullo no me permitía entrar en detalle alguno del caso, le exhorté a dormir con su alma en paz, como yo había resuelto hacer esa noche con la mía, y le dije que le pagaría lo que le debía a la hora del desayuno.

–No me habría importado, *Monsieur*, si hubiera tenido usted veinte muchachas. –Eso es una veintena más, repliqué yo, interrumpiéndole, de lo que yo calculé nunca–. Siempre que, añadió, hubiera sido por la mañana. –¿Es que la diferencia de hora, en París, representa una diferencia en el pecado? –Representaba una diferencia, dijo él, en el escándalo. Siempre aprecio una buena distinción, y no puedo decir que estuviera intolerablemente enojado con aquel hombre. Admito que es necesario, siguió diciendo el dueño del hotel, que a un extranjero se le presente en París la oportunidad de comprar cintas, medias de seda, volantes *et tout cela* –y no pasa nada si llega una mujer con una sombrerera. –Pues, por mi conciencia, dije yo, sí que tenía una; pero no miré dentro. –Entonces *Monsieur* no ha comprado nada, dijo él. –Ni la cosa más mínima, contesté. –Porque yo, dijo, podría recomendarle a alguien que le trataría *en conscience*. –Pues debo verla esta noche, dije. –Hizo una profunda reverencia y salió.

Y bien, exclamé, ahora triunfo sobre este *maître d'hotel* –¿y entonces qué?–. Entonces le haré ver que sé que es un tipo vil. ¿Y entonces qué? ¡Entonces qué! Estaba demasiado cercano a mí mismo para decir que era por el bien de los demás. No me quedaban buenas respuestas, había más rencor que principios en mi proyecto, y estaba harto de él antes de ejecutarlo.

A los pocos minutos entró la Grisset con su caja de cintas –pues no le compraré nada–, me dije.

La Grisset me enseñaba todo; yo era difícil de contentar: pero ella no parecía notarlo; abrió su pequeño almacén y desplegó ante mí todas sus cintas, una tras otra, las desdobló y volvió a doblar una por una con la más paciente dulzura –comprara yo algo o no– ella me dejaría llevármelo al precio que yo quisiera; la pobre criatura parecía ansiosa por conseguir un penique y se desvivía por ganar mi voluntad, y no de una forma que pudiera parecer artera, sino de otra que yo encontraba sencilla y acariciadora.

Si no hay un fondo de honrada credulidad en un hombre, peor para él –mi corazón se ablandó, y abandoné mi segunda resolución tan calladamente como la primera. –¿Por qué castigar a una por el error de otro? Si eres tributaria de este hotelero tirano, pensé, mirándole la cara, duro será el pan que ganas.

Aunque no hubiera tenido más de cuatro luises de oro en mi bolsa, no era cosa de levantarme y enseñarle la puerta sin antes haber gastado tres en un par de volantes.

–El dueño del hotel compartirá la ganancia con ella; no importa, he pagado igual que han *pagado* otros muchos infelices antes que yo por un acto que no *podían* hacer, ni pensar.

El enigma. París

Cuando entró La Fleur a servirme la cena, me dijo cuán sentido estaba el dueño del hotel por la ofensa de haberme dicho que cambiara de alojamiento.

El hombre que valora el reposo de una noche no se acostará con enemistad en el corazón si puede evitarlo –así que mandé a La Fleur que le dijera al dueño del hotel que yo, por mi parte, sentía la situación que le había creado– y puedes decirle si quieres, La Fleur, añadí, que si vuelve a llamar la joven, no la veré.

Esto no era un sacrificio dirigido a él, sino a mí mismo, pues había resuelto, después de escapar por tan poco, no correr más riesgos y abandonar París, si ello era posible, con tanta virtud como tenía al llegar.

C'est deroger à noblesse, Monsieur, dijo Le Fleur al tiempo que me hacía una reverencia hasta el suelo. –*Et encore Monsieur*, dijo, puede cambiar de sentimientos y si *(par hazard)* le apeteciera divertirse. –No encuentro diversión en eso, dije, interrumpiéndole.

–*Mon Dieu!* –dijo La Fleur, y se retiró.

Al cabo de una hora vino a ayudarme a acostarme, y estuvo más oficioso que de costumbre –algo tenía en la punta de la lengua que quería decirme, o preguntarme, y que no le salía: yo no podía concebir de qué se trataba; y poco me molesté en verdad por averiguarlo, dado que tenía en mente otro enigma mucho más interesante, que era el del hombre pidiendo limosna ante la puerta del hotel–. Habría dado cualquier cosa por llegar al fondo de la cuestión; y eso no por curiosidad –que es por lo general un principio de indagación tan bajo que no compraría yo su satisfacción con una moneda de dos sous– sino porque un secreto, pensé, que con tanta presteza y seguridad ablandaba el corazón de toda mujer que se acercaba, era unsecreto igual, por lo menos, al de la piedra filosofal: de haber sido yo el dueño de las dos Indias, habría renunciado a una por conocerlo.

Revolví y sacudí el asunto en mi cerebro casi toda la noche, sin resultado alguno; y cuando me desperté por la mañana, encontré a mi espíritu tan trastornado con mis *sueños* como lo había estado el rey de Babilonia con los suyos; y no dudaré en afirmar que su interpretación habría desconcertado a todos los sabios de París tanto como a los de Caldea.

La dimanche. París

Era domingo; y cuando entró La Fleur por la mañana, con el café, el panecillo y la mantequilla, se había ataviado de forma tan galante que apenas le conocí.

Había convenido en Montriul darle un sombrero nuevo con presilla y botón de plata, y cuatro luises de oro *pour s'adoniser*, cuando llegáramos a París; y el pobre muchacho, justo es decirlo, había hecho maravillas con aquello.

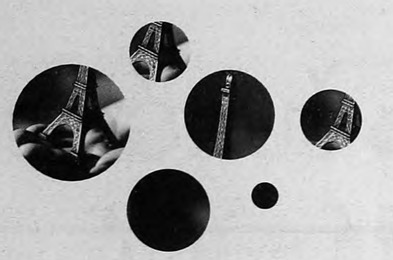
Había comprado una casaca escarlata brillante, limpia y buena, y unos calzones a juego. –No desmerecían una corona por estar usados, dijo él.– Quise verle ahorcado por habérmelo dicho. –Parecían tan nuevos que, aunque yo sabía que no podía ser, habría preferido imponerle a mi imaginación el pensamiento de que se los había comprado yo nuevos antes que el de que provenían de la Rue de Friperie.

Pero ésta es una sutileza que, en París, no entristece al corazón.

Había adquirido además un lucido chaleco de satén azul, vistosamente bordado –éste, la verdad, estaba un poco peor por el uso, pero estaba entregado a conciencia–, el oro había sido retocado, y el conjunto resultaba más ostentoso que otra cosa –y como el azul no era chillón, iba muy bien con la casaca y los calzones: también les había exprimido al dinero una bolsa de seda y un anillo para la corbata; y había insistido ante el *fripier* hasta obtener un par de jarreteras de oro para las rodillas de los calzones–. Había adquirido volantes de muselina, *bien brodées*, con cuatro libras de su propio dinero, y un par de medias de seda blanca por otras cinco; encima, la naturaleza le ha-



Viaje sentimental



Por Laurence Sterne

El misterio. París

Si un hombre sabe lo que es el corazón, sabrá también que era imposible volver inmediatamente a mi habitación –era como tocar un acorde en tercera menor al término de una pieza musical que hubiera despertado mis afectos–; así pues, cuando le solté la mano a la *fille de chambre*, permanecí un tiempo a la puerta del hotel, mirando a todo aquel que pasaba y formándome conjeturas sobre ellos, hasta que mi atención quedó fijada en un único objeto que confundía toda clase de razonamientos.

Era una figura alta, de aspecto filosófico, serio y adusto, que pasaba sosegadamente por la calle una y otra vez, caminando unos sesenta pasos a cada lado de la puerta del hotel –tenía unos cincuenta y dos años, llevaba un bastoncito bajo el brazo, vestía una casaca oscura, de un gris triste, chaleco y calzones que parecían haber visto años de uso, pero seguían limpios, y había un aire de frugal *propreté* en su persona–. Por su forma de quitarse el sombrero, y su actitud al abordar a muchas personas en su camino, vi que pedía limosna; así que saqué un sous o dos del bolsillo dispuesto a dárselos, cuando llegó a mi altura –pasó junto a mí sin pedirme nada– y sin embargo no dio cinco pasos más sin pedirle limosna a una mujercita. –De los dos, era más probable que se la hubiera dado yo–. Apenas había terminado con ella, se quitó el sombrero ante otra que venía por el mismo camino. –Un anciano caballero se acercaba despacio y, detrás de él, un joven muy elegante–. Los dejó pasar a los dos y no les pidió nada: me quedé observándole media hora, durante la cual hizo media docena de giros hacia atrás y hacia delante, y descubrí que seguía de manera invariable el mismo plan.

Había en esto dos cosas muy singulares que pusieron a mi mente a trabajar, y en vano –la primera era por qué tenía aquel hombre que contarles su historia a las damas *únicamente*; la segunda, qué historia era esa y sazonada con qué clase de elocuencia, que conmovía a los corazones de las mujeres y que él sabía que resultaba inútil con los hombres.

Había otras dos circunstancias que enredaban este misterio –una era que le contaba al oído a cada mujer lo que tenía que decirle, y de una forma que tenía mucho más el aire de un secreto que el de una petición; la otra era que siempre tenía éxito, nunca detenía a una mujer sin que ésta sacara su bolsa y le diera algo de inmediato.

No pude elaborar un sistema que explicara semejante fenómeno.

Tenía un enigma con el que distraerme el resto de la tarde, así que subí a mi habitación.

El caso de conciencia. París

De inmediato fui seguido por el dueño del hotel, que entró en mi habitación para decirme que debía procurarme alojamiento en otro sitio. –¿Y eso por qué, amigo?, pregunté–. Respondió que yo había tenido a una joven encerrada conmigo dos horas en mi dormitorio aquella tarde, y eso iba contra las reglas de su casa. –Muy bien, dije yo, entonces nos separaremos todos como amigos –que no otra cosa es la joven, y no otra cosa soy yo– y usted se quedará como le encontré. El dijo que era suficiente para echar por tierra la buena fama de su hotel. –*Voyez vous, Monsieur* –dijo, señalando al pie de la cama en la que habíamos estado sentados–. Reconozco que tenía cierta apariencia de prueba; pero como mi orgullo no me permitía entrar en detalle alguno del caso, le exhorté a dormir con su alma en paz, como yo había resuelto hacer esa noche con la mía, y le dije que le pagaría lo que le debía a la hora del desayuno.

–No me habría importado, *Monsieur*, si hubiera tenido usted veinte muchachas. –Eso es una veintena más, repliqué yo, interrumpiéndole, de lo que yo calculé nunca–. Siempre que, añadió, hubiera sido por la mañana. –¿Es que la diferencia de hora, en París, representa una diferencia en el pecado? –Representaba una diferencia, dijo él, en el escándalo. Siempre aprecio una buena distinción, y no puedo decir que estuviera intolerablemente enojado con aquel hombre. Admito que es necesario, siguió diciendo el dueño del hotel, que a un extranjero se le presente en París la oportunidad de comprar cintas, medias de seda, volantes *et tout cela* –y no pasa nada si llega una mujer con una sombrerera. –Pues, por mi conciencia, dije yo, sí que tenía una; pero no miré dentro. –Entonces *Monsieur* no ha comprado nada, dijo él. –Ni la cosa más mínima, contesté. –Porque yo, dijo, podría recomendarle a alguien que le trataría *en conscience*. –Pues debo verla esta noche, dije. –Hizo una profunda reverencia y salió.

Y bien, exclamé, ahora triunfo sobre este *maître d'hotel* –¿y entonces qué?–. Entonces le haré ver que sé que es un tipo vil. ¿Y entonces qué? ¡Entonces qué! Estaba demasiado cercano a mí mismo para decir que era por el bien de los demás. No me quedaban buenas respuestas, había más rencor que principios en mi proyecto, y estaba harto de él antes de ejecutarlo.

A los pocos minutos entró la Grisset con su caja de cintas –pues no le compraré nada–, me dije.

La Grisset me enseñaba todo; yo era difícil de contentar: pero ella no parecía notarlo; abrió su pequeño almacén y desplegó ante mí todas sus cintas, una tras otra, las desdobló y volvió a doblar una por una con la más paciente dulzura –comprara yo algo o no– ella me dejaría llevármelo al precio que yo quisiera; la pobre criatura parecía ansiosa por conseguir un penique y se desvivía por ganar mi voluntad, y no de una forma que pudiera parecer artera, sino de otra que yo encontraba sencilla y acariciadora.

Si no hay un fondo de honrada credulidad en un hombre, peor para él –mi corazón se ablandó, y abandoné mi segunda resolución tan calladamente como la primera. –¿Por qué castigar a una por el error de otro? Si eres tributaria de este hotelero tirano, pensé, mirándole la cara, duro será el pan que ganas.

Aunque no hubiera tenido más de cuatro luises de oro en mi bolsa, no era cosa de levantarme y enseñarle la puerta sin antes haber gastado tres en un par de volantes.

–El dueño del hotel compartirá la ganancia con ella; no importa, he pagado igual que han *pagado* otros muchos infelices antes que yo por un acto que no *podían* hacer, ni pensar.

El enigma. París

Cuando entró La Fleur a servirme la cena, me dijo cuán sentido estaba el dueño del hotel por la ofensa de haberme dicho que cambiara de alojamiento.

El hombre que valora el reposo de una noche no se acostará con enemistad en el corazón si puede evitarlo –así que mandé a La Fleur que le dijera al dueño del hotel que yo, por mi parte, sentía la situación que le había creado– y puedes decirle si quieres, La Fleur, añadí, que si vuelve a llamar la joven, no la veré.

Esto no era un sacrificio dirigido a él, sino a mí mismo, pues había resuelto, después de escapar por tan poco, no correr más riesgos y abandonar París, si ello era posible, con tanta virtud como tenía al llegar.

C'est deroger à noblesse, Monsieur, dijo Le Fleur al tiempo que me hacía una reverencia hasta el suelo. –*Et encore Monsieur*, dijo, puede cambiar de sentimientos y si *(par hazard)* le apeteciera divertirse. –No encuentro diversión en eso, dije, interrumpiéndole.

–*Mon Dieu!* –dijo La Fleur, y se retiró.

Al cabo de una hora vino a ayudarme a acostarme, y estuvo más oficioso que de costumbre –algo tenía en la punta de la lengua que quería decirme, o preguntarme, y que no le salía: yo no podía concebir de qué se trataba; y poco me molesté en verdad por averiguarlo, dado que tenía en mente otro enigma mucho más interesante, que era el del hombre pidiendo limosna ante la puerta del hotel–. Habría dado cualquier cosa por llegar al fondo de la cuestión; y eso no por curiosidad –que es por lo general un principio de indagación tan bajo que no compraría yo su satisfacción con una moneda de dos sous– sino porque un secreto, pensé, que con tanta presteza y seguridad ablandaba el corazón de toda mujer que se acercaba, era unsecreto igual, por lo menos, al de la piedra filosofal: de haber sido yo el dueño de las dos Indias, habría renunciado a una por conocerlo.

Revolví y sacudí el asunto en mi cerebro casi toda la noche, sin resultado alguno; y cuando me desperté por la mañana, encontré a mi espíritu tan trastornado con mis *sueños* como lo había estado el rey de Babilonia con los suyos; y no dudaré en afirmar que su interpretación habría desconcertado a todos los sabios de París tanto como a los de Caldea.

La dimanche. París

Era domingo; y cuando entró La Fleur por la mañana, con el café, el panecillo y la mantequilla, se había ataviado de forma tan galante que apenas le conocí.

Había convenido en Montriul darle un sombrero nuevo con presilla y botón de plata, y cuatro luises de oro *pour s'adoniser*, cuando llegáramos a París; y el pobre muchacho, justo es decirlo, había hecho maravillas con aquello.

Había comprado una casaca escarlata brillante, limpia y buena, y unos calzones a juego. –No desmerecían una corona por estar usados, dijo él.– Quise verle ahorcado por habérmelo dicho. –Parecían tan nuevos que, aunque yo sabía que no podía ser, habría preferido imponerle a mi imaginación el pensamiento de que se los había comprado yo nuevos antes que el de que provenían de la Rue de Friperie.

Pero ésta es una sutileza que, en París, no entristece al corazón.

Había adquirido además un lucido chaleco de satén azul, vistosamente bordado –éste, la verdad, estaba un poco peor por el uso, pero estaba entregado a conciencia–, el oro había sido retocado, y el conjunto resultaba más ostentoso que otra cosa –y como el azul no era chillón, iba muy bien con la casaca y los calzones: también les había exprimido al dinero una bolsa de seda y un anillo para la corbata; y había insistido ante el *fripier* hasta obtener un par de jarreteras de oro para las rodillas de los calzones–. Había adquirido volantes de muselina, *bien brodées*, con cuatro libras de su propio dinero, y un par de medias de seda blanca por otras cinco; encima, la naturaleza le había dado una figura apuesta que no le costaba un *sous*.



Entró en la habitación así arreglado, con el pelo peinado a la última moda y un bonito *bouquet* en el pecho –en una palabra, había en toda su persona un aire festivo que de inmediato me recordó que era domingo– y al combinar ambas cosas juntas pensé al instante que el favor que deseaba pedirme la noche anterior era pasar el día como todo el mundo lo pasaba en París. Apenas había hecho esta conjetura cuando Le Fleur, con infinita humildad, pero con una mirada confiada, como si yo no debiera negárselo, me rogó que le concediera el día *pour faire le galant vis-à-vis de sa maitresse*.

Eso mismo tenía yo pensado hacer *vis-à-vis* Madame de R**** –con ese propósito había retenido el coche, y no habría mortificado a mi vanidad el haber llevado en la parte de atrás un criado tan bien vestido como La Fleur: no podía venirme peor prescindir de él.

Pero en estos apuros debemos *sentir*, no discutir –los hombres y mujeres que nos sirven se separan de la libertad en sus contratos, pero no de la naturaleza; son de carne y hueso, y tienen, en la casa en la que se les esclaviza, sus pequeños deseos y vanidades, igual que sus amos–; no hay duda de que han puesto un precio a sus abnegaciones, y sus esperanzas son tan irrazonables que las defraudaría a menudo si no fuera que la condición en la que están pone en mi mano el hacerlo.

Aquí tienes, aquí tienes a tu siervo –me desarma de mis poderes de amo inmediatamente.

–Irás, La Fleur, dije. –¿Y qué amiga puedes haber encontrado, La Fleur, en tan poco tiempo en París?, pregunté. La Fleur se llevó la mano al pecho y dijo que era una *petite demoiselle* de la casa de Monsieur le Count de B****. –La Fleur tenía un corazón hecho para la sociedad; y, para serle justo, dejaba escapar tan pocas ocasiones como su amo así que de una forma u otra, el cielo sabe cuál, había entrado en contacto con la *demoiselle* en el rellano de la escalera, durante el tiempo que yo estuve ocupado con mi pasaporte; y así como yo tuve tiempo suficiente de ganarme al conde para mis intereses, La Fleur había logrado arreglárselas para ganarse a la muchacha para los suyos –la familia, por lo visto, iba a estar en París ese día, y él había concertado una cita con ella, y dos o tres personas más de la servidumbre del conde, en los bulevares–.

Pueblo feliz, que al menos una vez a la semana tienes la certeza de dejar a un lado todas tus preocupaciones; y de bailar y cantar, y alejar el peso de la pena, que inclina hasta el suelo el espíritu de otras naciones.

El fragmento. París

La Fleur me había dejado algo con lo que entretenerme durante el día más de lo que yo había pactado y de lo que podríamos haber imaginado él y yo.

Había traído un trocito de mantequilla sobre una hoja de grosella; y como la mañana era cálida y él lo traía a buen paso, había rogado que le dieran una hoja de papel viejo para ponerlo entre la hoja de grosella y su mano. Como eso era plato suficiente, le dije que lo dejara sobre la mesa como estaba, y como había resuelto quedarme en casa el día entero, le ordené que llamara al *traiteur* para encargar mi cena y que me dejara desayunar solo.

Cuando hube terminado la mantequilla, tiré la hoja de grosella por la ventana, e iba a hacer lo mismo con el papel viejo –pero deteniéndome primero a leer una línea, y llevándome ésta a una segunda y una tercera–; pensé que merecía algo mejor, así que cerré la ventana y, acercando una silla, me senté a leerlo.

Era el francés antiguo de la época de Rabelais, y según mi entender podría haberlo escrito él –estaba, además, en letra gótica, tan descolorida y borrada por la humedad y el paso del tiempo que me costaba infinito trabajo el sacar algo en claro–. Lo tiré al suelo y le escribí una carta a Eugenius, luego lo volví a recoger y enredé en él mi paciencia una vez más, y luego, para curar eso, le escribí una carta a Eliza. Pero seguía teniéndome atrapado; y la dificultad de entenderlo no hacía sino incrementar mi deseo de hacerlo.

Cené; y después de iluminar mi mente con una botella de Borgoña, volví a él –y después de dos o tres horas de estudiarlo detenidamente, con atención casi tan profunda como la que Gruter o Jacob Spon dedicaron a alguna inscripción absurda, creí entenderlo; pero para asegurarme, lo mejor era, imaginé yo, traducirlo al inglés y ver cómo quedaba entonces–; así que seguía sin prisa, como quien pierde el tiempo, a veces escribiendo una frase, luego dando un paseo por el cuarto, y luego mirando por la ventana cómo iba el mundo; de tal manera que no terminé hasta después de las nueve de la noche, entonces empecé a leer y decía así.

El fragmento. París

–Y bien: como la esposa del notario discutía el punto con el notario demasiado acaloradamente, el notario dijo, tirando el pergamino, que ojalá hubiera aquí otro notario para poner todo esto por escrito y dar fe.

–¿Y qué haría usted entonces, *Monsieur*? –preguntó ella levantándose con presteza; la esposa del notario era una furia de mujer, y al notario le pareció conveniente evitar un huracán por medio de una respuesta suave—. Me iría a la cama, contestó. –Te puedes ir al diablo, contestó la esposa del notario.

Resultando que en la casa no había más que una cama y las otras dos habitaciones estaban desamuebladas, como es costumbre en París, y como al notario no le apetecía echarse en la misma cama que una mujer que un momento antes le había mandado atropelladamente al diablo, tomó su sombrero, su bastón y su capa, al ser la noche muy ventosa, y salió, molesto, hacia el *Pont Neuf*.

De todos los puentes que jamás se construyeron, quien haya pasado por el *Pont Neuf* debe reconocer que es el más noble, el más hermoso, el más grandioso, el más ligero, el más largo, el más ancho que haya nunca juntado tierra con tierra sobre la faz del globo terráqueo.

En esto parece como si el autor del fragmento no hubiera sido francés.

El peor defecto que los teólogos y los doctores de la Sorbona pueden alegar contra él es que, si hay un suspiro de viento en París o sus cercanías, se dice allí blasfemamente *sacre Dieu* más que en cualquier otra abertura de la ciudad entera –y con razón, buenos y sabios Messieurs; pues va contra vosotros sin gritar *garde d'eau*, y con ráfagas tan imprevisibles que, de los pocos que lo cruzan con el sombrero puesto, no hay uno entre cincuenta que arriesgue dos libras y media, que son su precio–.

El pobre notario, justo cuando pasaba junto al centinela, puso instintivamente el bastón en el ala del sombrero, pero al levantarlo, y al enganchar la punta de su bastón la presilla del sombrero del centinela, lo izó sobre los barrotes de la balaustrada y lo mandó al Sena.

–*Mal viento es aquél* –dijo un barquero que lo atrapó–, *que a nadie trae provecho*.

El centinela, que era gascón, retorció nervioso sus bigotes y apuntó con su arcabuz.

Los arcabuces, en aquellos tiempos, funcionaban con mechas; y como a una anciana que estaba al final del puente se le había apagado su linterna de papel, ella había tomado prestada la mecha del centinela para encenderla –con esto hubo tiempo para que al gascón se le enfriara la sangre y el incidente se le volviera más favorable–. *Mal viento es*, dijo, atrapando el sombrero de castor del notario y legitimando su captura con el adagio del barquero.

El pobre notario cruzó el puente, y entrando por la Rue de Dauphine al barrio de St. Germain se lamentaba de esta manera mientras caminaba:

–¡Desdichado de mí!, dijo el notario, que todos los días tengo que ser juguete de los huracanes, nacido para que la tormenta del lenguaje soez se dirija contra mí y mi profesión dondequiera que voy, forzado por el trueno de la iglesia al matrimonio con una tempestad de mujer, sacado de mi casa por vientos domésticos y despojado de mi castor por vientos pontificios, y ahora aquí, con la cabeza descubierta, en una noche ventosa, a merced de los flujos y reflujos de los accidentes. ¿Dónde voy a apoyar mi cabeza? ¡ Ay, desgraciado! ¿Qué viento podrá, de los treinta y dos puntos de la rosa, soplarte favorable, como hace para el resto de tu prójimo?

Mientras el notario pasaba por un callejón oscuro, quejándose de esta suerte, una voz llamó a una chica, ordenándole que corriera a buscar al notario más cercano –como el más cercano era él, se hizo cargo de la situación, recorrió el callejón hasta la puerta y, pasando por una especie de viejo salón, fue conducido a una enorme alcoba despojada de todo salvo de una larga pica militar –un peto– una vieja espada mohosa y una bandolera que colgaban equidistantes contra la pared en cuatro sitios diferentes.

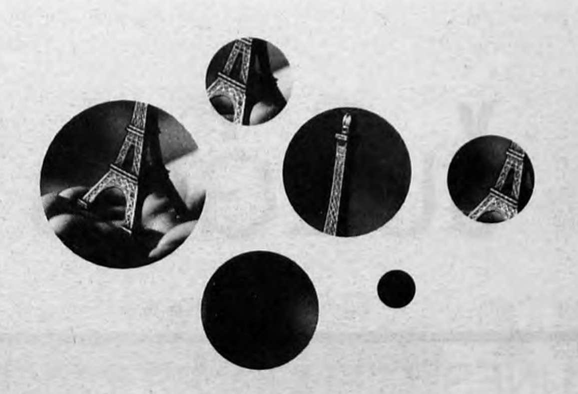
Un anciano personaje que había sido antaño un caballero y que, a menos que los reveses de fortuna vicien la sangre, seguía siéndolo entonces, yacía en su cama con la cabeza apoyada en la mano; al lado había unamesita con una vela encendida, y junto a la mesita una silla –el notario se sentó en ella, y sacando su tintero y una o dos hojas de papel que tenía en el bolsillo, las colocó ante él, y mojando la pluma en la tinta y apoyando el pecho en la mesa, dispuso todo para redactar la última disposición y el testamento del caballero.

–*¡Ay, Monsieur le Notaire!* –exclamó el caballero, incorporándose un poco–, no tengo nada que legar que pueda pagar lo que cuesta legarlo, excepto la historia de mi persona, y no podría morir en paz a menos que se la dejara como legado al mundo; los beneficios que de ella resulten se los dejo a usted por el esfuerzo de recibirla de mí, es una historia tan poco común que debe ser leída por todos los hombres, hará la fortuna de su casa –el notario mojó la pluma en el tintero–. ¡Director todopoderoso de todos los actos de mi vida! –dijo el anciano caballero, levantando la vista con vehemencia y elevando sus manos al cielo–, ¡tú, cuya mano me ha guiado a través de tal laberinto de extraños pasillos hasta esta escena de desolación, asiste a la memoria gastada de un viejo enfermo y con el corazón roto, y dirige mi lengua con el espíritu de la eterna verdad, de forma que este desconocido no deje constancia más que de lo que está escrito en el LIBRO según cuyas líneas –dijo juntando las manos– voy a ser condenado o absuelto! –el notario sostenía la punta de pluma entre la vela y sus ojos.

–Es una historia, Monsieur le Notaire, dijo el caballero, que despertará todos los afectos de la naturaleza –matará a los más humanos y tocará con la pena el corazón de la crueldad misma–.

El notario estaba inflamado por el deseo de comenzar, y metió por tercera vez la pluma en el tintero, y el anciano caballero, volviéndose hacía él un poco más, empezó a dictar su historia con estas palabras.

–¿Y dónde está el resto, La Fleur? –pregunté, justo al tiempo que entraba él en la habitación. ●



bía dado una figura apuesta que no le costaba un *sous*.

Entró en la habitación así arreglado, con el pelo peinado a la última moda y un bonito *bouquet* en el pecho –en una palabra, había en toda su persona un aire festivo que de inmediato me recordó que era domingo– y al combinar ambas cosas juntas pensé al instante que el favor que deseaba pedirme la noche anterior era pasar el día como todo el mundo lo pasaba en París. Apenas había hecho esta conjetura cuando Le Fleur, con infinita humildad, pero con una mirada confiada, como si yo no debiera negárselo, me rogó que le concediera el día *pour faire le galant vis-à-vis de sa maitresse*.

Eso mismo tenía yo pensado hacer *vis-à-vis* Madame de R**** –con ese propósito había retenido el coche, y no habría mortificado a mi vanidad el haber llevado en la parte de atrás un criado tan bien vestido como La Fleur: no podía venirme peor prescindir de él.

Pero en estos apuros debemos *sentir*, no discutir –los hombres y mujeres que nos sirven se separan de la libertad en sus contratos, pero no de la naturaleza; son de carne y hueso, y tienen, en la casa en la que se les esclaviza, sus pequeños deseos y vanidades, igual que sus amos–; no hay duda de que han puesto un precio a sus abnegaciones, y sus esperanzas son tan irrazonables que las defraudaría a menudo si no fuera que la condición en la que están pone en mi mano el hacerlo.

Aquí tienes, aquí tienes a tu siervo –me desarma de mis poderes de amo inmediatamente.

–Irás, La Fleur, dije. –¿Y qué amiga puedes haber encontrado, La Fleur, en tan poco tiempo en París?, pregunté. La Fleur se llevó la mano al pecho y dijo que era una *petite demoiselle* de la casa de Monsieur le Count de B****. –La Fleur tenía un corazón hecho para la sociedad; y, para serle justo, dejaba escapar tan pocas ocasiones como su amo así que de una forma u otra, el cielo sabe cuál, había entrado en contacto con la *demoiselle* en el rellano de la escalera, durante el tiempo que yo estuve ocupado con mi pasaporte; y así como yo tuve tiempo suficiente de ganarme al conde para mis intereses, La Fleur había logrado arreglárselas para ganarse a la muchacha para los suyos –la familia, por lo visto, iba a estar en París ese día, y él había concertado una cita con ella, y dos o tres personas más de la servidumbre del conde, en los bulevares–.

Pueblo feliz, que al menos una vez a la semana tienes la certeza de dejar a un lado todas tus preocupaciones; y de bailar y cantar, y alejar el peso de la pena, que inclina hasta el suelo el espíritu de otras naciones.

El fragmento. París

La Fleur me había dejado algo con lo que entretenerme durante el día más de lo que yo había pactado y de lo que podríamos haber imaginado él y yo.

Había traído un trocito de mantequilla sobre una hoja de grosella; y como la mañana era cálida y él lo traía a buen paso, había rogado que le dieran una hoja de papel viejo para ponerlo entre la hoja de grosella y su mano. Como eso era plato suficiente, le dije que lo dejara sobre la mesa como estaba, y como había resuelto quedarme en casa el día entero, le ordené que llamara al *traiteur* para encargar mi cena y que me dejara desayunar solo.

Cuando hube terminado la mantequilla, tiré la hoja de grosella por la ventana, e iba a hacer lo mismo con el papel viejo –pero deteniéndome primero a leer una línea, y llevándome ésta a una segunda y una tercera–; pensé que merecía algo mejor, así que cerré la ventana y, acercando una silla, me senté a leerlo.

Era el francés antiguo de la época de Rabelais, y según mi entender podría haberlo escrito él –estaba, además, en letra gótica, tan descolorida y borrada por la humedad y el paso del tiempo que me costaba infinito trabajo el sacar algo en claro–. Lo tiré al suelo y le escribí una carta a Eugenius, luego lo volví a recoger y enredé en él mi paciencia una vez más, y luego, para curar eso, le escribí una carta a Eliza. Pero seguía teniéndome atrapado; y la dificultad de entenderlo no hacía sino incrementar mi deseo de hacerlo.

Cené; y después de iluminar mi mente con una botella de Borgoña, volví a él –y después de dos o tres horas de estudiarlo detenidamente, con atención casi tan profunda como la que Gruter o Jacob Spon dedicaron a alguna inscripción absurda, creí entenderlo; pero para asegurarme, lo mejor era, imaginé yo, traducirlo al inglés y ver cómo quedaba entonces–; así que seguía sin prisa, como quien pierde el tiempo, a veces escribiendo una frase, luego dando un paseo por el cuarto, y luego mirando por la ventana cómo iba el mundo; de tal manera que no terminé hasta después de las nueve de la noche, entonces empecé a leer y decía así.

El fragmento. París

–Y bien: como la esposa del notario discutía el punto con el notario demasiado acaloradamente, el notario dijo, tirando el pergamino, que ojalá hubiera aquí otro notario para poner todo esto por escrito y dar fe.

–¿Y qué haría usted entonces, *Monsieur*? –preguntó ella levantándose con presteza; la esposa del notario era una furia de mujer, y al notario le pareció conveniente evitar un huracán por medio de una respuesta suave—. Me iría a la cama, contestó. –Te puedes ir al diablo, contestó la esposa del notario.

Resultando que en la casa no había más que una cama y las otras dos habitaciones estaban desamuebladas, como es costumbre en París, y como al notario no le apetecía echarse en la misma cama que una mujer que un momento antes le había mandado atropelladamente al diablo, tomó su sombrero, su bastón y su capa, al ser la noche muy ventosa, y salió, molesto, hacia el *Pont Neuf*.

De todos los puentes que jamás se construyeron, quien haya pasado por el *Pont Neuf* debe reconocer que es el más noble, el más hermoso, el más grandioso, el más ligero, el más largo, el más ancho que haya nunca juntado tierra con tierra sobre la faz del globo terráqueo.

En esto parece como si el autor del fragmento no hubiera sido francés.

El peor defecto que los teólogos y los doctores de la Sorbona pueden alegar contra él es que, si hay un suspiro de viento en París o sus cercanías, se dice allí blasfemamente *sacre Dieu* más que en cualquier otra abertura de la ciudad entera –y con razón, buenos y sabios Messieurs; pues va contra vosotros sin gritar *garde d'eau*, y con ráfagas tan imprevisibles que, de los pocos que lo cruzan con el sombrero puesto, no hay uno entre cincuenta que arriesgue dos libras y media, que son su precio–.

El pobre notario, justo cuando pasaba junto al centinela, puso instintivamente el bastón en el ala del sombrero, pero al levantarlo, y al enganchar la punta de su bastón la presilla del sombrero del centinela, lo izó sobre los barrotes de la balaustrada y lo mandó al Sena.

–*Mal viento es aquél* –dijo un barquero que lo atrapó–, *que a nadie trae provecho*.

El centinela, que era gascón, retorció nervioso sus bigotes y apuntó con su arcabuz.

Los arcabuces, en aquellos tiempos, funcionaban con mechas; y como a una anciana que estaba al final del puente se le había apagado su linterna de papel, ella había tomado prestada la mecha del centinela para encenderla –con esto hubo tiempo para que al gascón se le enfriara la sangre y el incidente se le volviera más favorable–. *Mal viento es*, dijo, atrapando el sombrero de castor del notario y legitimando su captura con el adagio del barquero.

El pobre notario cruzó el puente, y entrando por la Rue de Dauphine al barrio de St. Germain se lamentaba de esta manera mientras caminaba:

–¡Desdichado de mí!, dijo el notario, que todos los días tengo que ser juguete de los huracanes, nacido para que la tormenta del lenguaje soez se dirija contra mí y mi profesión dondequiera que voy, forzado por el trueno de la iglesia al matrimonio con una tempestad de mujer, sacado de mi casa por vientos domésticos y despojado de mi castor por vientos pontificios, y ahora aquí, con la cabeza descubierta, en una noche ventosa, a merced de los flujos y reflujos de los accidentes. ¿Dónde voy a apoyar mi cabeza? ¡ Ay, desgraciado! ¿Qué viento podrá, de los treinta y dos puntos de la rosa, soplarte favorable, como hace para el resto de tu prójimo?

Mientras el notario pasaba por un callejón oscuro, quejándose de esta suerte, una voz llamó a una chica, ordenándole que corriera a buscar al notario más cercano –como el más cercano era él, se hizo cargo de la situación, recorrió el callejón hasta la puerta y, pasando por una especie de viejo salón, fue conducido a una enorme alcoba despojada de todo salvo de una larga pica militar –un peto– una vieja espada mohosa y una bandolera que colgaban equidistantes contra la pared en cuatro sitios diferentes.

Un anciano personaje que había sido antaño un caballero y que, a menos que los reveses de fortuna vicien la sangre, seguía siéndolo entonces, yacía en su cama con la cabeza apoyada en la mano; al lado había unamesita con una vela encendida, y junto a la mesita una silla –el notario se sentó en ella, y sacando su tintero y una o dos hojas de papel que tenía en el bolsillo, las colocó ante él, y mojando la pluma en la tinta y apoyando el pecho en la mesa, dispuso todo para redactar la última disposición y el testamento del caballero.

–*¡Ay, Monsieur le Notaire!* –exclamó el caballero, incorporándose un poco–, no tengo nada que legar que pueda pagar lo que cuesta legarlo, excepto la historia de mi persona, y no podría morir en paz a menos que se la dejara como legado al mundo; los beneficios que de ella resulten se los dejo a usted por el esfuerzo de recibirla de mí, es una historia tan poco común que debe ser leída por todos los hombres, hará la fortuna de su casa –el notario mojó la pluma en el tintero–. ¡Director todopoderoso de todos los actos de mi vida! –dijo el anciano caballero, levantando la vista con vehemencia y elevando sus manos al cielo–, ¡tú, cuya mano me ha guiado a través de tal laberinto de extraños pasillos hasta esta escena de desolación, asiste a la memoria gastada de un viejo enfermo y con el corazón roto, y dirige mi lengua con el espíritu de la eterna verdad, de forma que este desconocido no deje constancia más que de lo que está escrito en el LIBRO según cuyas líneas –dijo juntando las manos– voy a ser condenado o absuelto! –el notario sostenía la punta de pluma entre la vela y sus ojos.

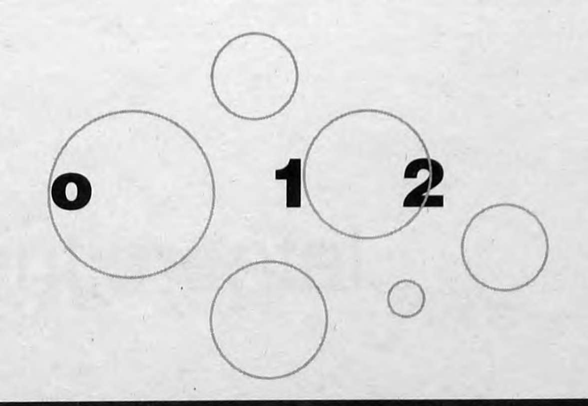
–Es una historia, Monsieur le Notaire, dijo el caballero, que despertará todos los afectos de la naturaleza –matará a los más humanos y tocará con la pena el corazón de la crueldad misma–.

El notario estaba inflamado por el deseo de comenzar, y metió por tercera vez la pluma en el tintero, y el anciano caballero, volviéndose hacia él un poco más, empezó a dictar su historia con estas palabras.

–¿Y dónde está el resto, La Fleur? –pregunté, justo al tiempo que entraba él en la habitación.

verano 12

JUEGOS



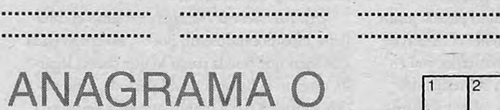
LUNES, MIERCOLES Y VIERNES

Tres sufridos amigos requieren una reparación semanal de cuerpo y mente. Sin ir a consultar al enigmólogo deduzca qué día va cada uno a cada especialista.

1. Los tres amigos concurren lunes, miércoles y viernes a los mismos tres profesionales, pero nunca coinciden dos el mismo día en el mismo consultorio.
2. Cada uno hace una sola visita por día.
3. "Esta semana todavía no vino a verme Simón", le dice el masajista a Roberto cada vez que él lo visita.
4. "Ajá", responde satisfecho Roberto, porque ha deducido qué día va cada uno de sus amigos a cada uno de los profesionales.
5. El psicólogo termina la semana viendo a uno de los varones.



		Dentista			Psicólogo			Masajista		
		Lunes	Miércoles	Viernes	Lunes	Miércoles	Viernes	Lunes	Miércoles	Viernes
Paciente	Roberto									
	Simón									
	Teresa									
Masajista	Lunes									
	Miércoles									
	Viernes									
Psicólogo	Lunes									
	Miércoles									
	Viernes									



Paciente	Dentista	Psicólogo	Masajista
....	....	....	....
....	....	....	....
....	....	....	....

NUMERO OCULTO

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta. Si en algún caso encuentra tres de los cuatro dígitos que forman el número misterioso y no da con el restante (que no es ninguno de los dígitos que intervienen en los números-pista) deberá buscar cuál es el dígito que no forma parte de dichos números-pista. Si se trata de un único número ausente, ése será el cuarto dígito buscado.

S.O.S.

A

				B	R
				4	0
1	6	4	3	0	1
3	7	5	1	1	2
6	2	1	5	2	1
4	6	8	9	0	0

B

				B	R
				4	0
1	6	5	7	0	1
4	1	0	2	2	0
5	3	1	8	0	1
8	7	4	9	1	0

C

				B	R
				4	0
9	6	0	5	0	1
5	2	1	7	0	2
2	4	6	5	2	0
5	1	4	9	1	1

D

				B	R
				4	0
2	5	1	4	0	2
6	5	4	0	0	2
3	9	5	0	0	3
4	9	0	1	0	3

E

				B	R
				4	0
3	4	1	9	1	1
4	2	0	3	2	0
9	8	3	6	0	0
4	7	8	6	1	1

F

				B	R
				4	0
6	9	7	2	0	1
4	8	0	6	0	2
4	9	6	8	0	2
7	5	1	8	2	1

ANAGRAMA O SINONIMO

Algunas palabras están definidas con un sinónimo, otras con un anagrama (es decir, con sus mismas letras pero en otro orden).

1	2	3		4	5
6			■	7	
8			9		
	■	10			
11	12			■	
13		■	14		

HORIZONTALES

1. Fuerte.
6. Mire.
7. Manido.
9. Latió.
10. Pelea.
11. Ad.
13. Peñas.

VERTICALES

1. Líder.
2. Remití.
3. Muerto.
4. Raúl.
5. Ose.
8. Doma.
12. SA.

SOLUCIONES

LUNES, MIERCOLES Y VIERNES

Roberto, Lunes, Viernes, Miércoles.
Simón, Miércoles, Lunes, Viernes.
Teresa, Viernes, Miércoles, Lunes.

NUMERO OCULTO

A. 2715.
B. 3702.
C. 2479.
D. 1095.
E. 4217.
F. 7584.

ANAGRAMA O SINONIMO

R	E	F	U	T	E
E	M	I	R	■	S
D	I	N	A	M	O
I	T	A	L	O	■
L	I	D	■	D	A
■	R	O	C	A	S